

Marcas y signos en el primer hijo: reflexiones teóricas sobre la criminalidad en adolescentes primogénitos

Marks and signs of first child: theoretical reflections on crime in teens firstborn

Ruth Vallejo Castro y Cinthya Berenice Rodríguez Piedra

Facultad de Psicología, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México.

Resumen

En el transcurso de las diversas investigaciones que hemos realizado durante casi una década en torno al parricidio cometido por adolescentes, se ha planteado la pregunta, motivo de este trabajo: ¿Qué significantes se encadenan alrededor del hijo primogénito para que un acto criminal, dirigido al padre, sea consumado? Se parte del supuesto que el lugar de hijo primogénito, su significación y el peso que tiene este lugar, ante la reviviscencia edípica de deseos amorosos hacia la madre y de odio dirigido hacia el padre, son los últimos imperantes en el psiquismo del adolescente. Para sustentar esto, en primer término se analizó la importancia y el significante que ocupa al hijo primero ante la mirada de los padres durante el inicio de su conformación psíquica, las vicisitudes por las que atraviesa el individuo en esta etapa, para llegar a las implicaciones de esta mirada ante la conflictiva edípica y su reviviscencia en la adolescencia. Posteriormente se sustentan los alcances de la relación madre-hijo primogénito que influyen en su conformación como individuo, sujeto del mandato materno, para finalmente, mostrar los signos y marcas que arrastra el adolescente primogénito desde los inicios de su conformación psíquica, hasta esta etapa para conformarlo como parricida. En el desarrollo de este trabajo, se retomaron los estudios teóricos y de caso realizados con este tipo de adolescentes.

Palabras clave: Primogenitura, Parricidio, Adolescencia.

Abstract

In the course of the various investigations we have done for nearly a decade around the parricide committed by teenagers, we have raised the question, why this work: what is significant is strung around the firstborn son for a criminal act, addressed to a parent, be accomplished? It is assumed that the place of firstborn son, their significance and weight of this place, before the edipal revival of amorous desires towards the mother and hatred directed toward the father, are the last prevailing in the psyche of the adolescent. To support this, we start first to analyze the importance and significant that occupies the first child in the eyes of parents at the beginning of his mental conformation, the events being experienced by the individual at this stage to reach the implications of this look at the oedipal conflict and its revival in adolescence. Subsequently the implications of the mother-firstborn son relationship is support for it as an individual subject of maternal mandate to finally show signs and markings drag the teenager firstborn from the beginning of his mental conformation to this stage to conform as parricide. In developing this work, we return to the theoretical case studies and performed with such adolescents.

Key words: Birthright, Parricide, Adolescence.

Introducción

Significantes en torno al hijo primogénito

Para la Real Academia Española (2002) la definición de primogénito parte del término en latín “primogenitus” que significa primogénito, es decir, el hijo que nace primero. La primogenitura también es definida como un derecho o como un tipo de privilegio que es concedido al hijo que nace primero, para que a través de este lugar pueda acceder al privilegio de la legitimidad familiar.

Recibido: 4 Agosto 2016 / Aceptado: 26 Noviembre 2016

Correspondencia:

Ruth Vallejo Castro, Facultad de Psicología de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Calle Francisco Villa No. 450, Col. Dr. Miguel Silva, C. P. 58110, Morelia, Michoacán, México. E-mail: ruthvc4@hotmail.com

Alfred Adler (1962) al hablar de los hijos primogénitos, menciona que el ambiente personal que rodea a cada niño es completamente particular e incomparable. Así, el hijo mayor tiene un ambiente y unas circunstancias distintas de sus hermanos. El primogénito es al principio el único, y se convierte, por lo tanto, en el centro de la atención de todos en la familia; en cuanto nace el segundo hijo, se encuentra destronado y el cambio de situación no le gusta, esto constituye una verdadera tragedia en su vida, el que antes estuviera en una situación de poder y completa atención, y ya no lo esté.

Se puede observar que el ser hijo primero tiene implicaciones importantes, es aquel que lleva una marca estructural durante toda su vida por ser el primogénito. Se sabe que su subjetividad estará regida por este significante primero, cuya característica es la de ser el depositario y perpetuador de mandatos generacionales en un sentido filogenético y por los fantasmas de los padres a partir de las pre-representaciones depositadas en el niño, y articuladas en el desarrollo ontogenético del sujeto, mismo que lo predispone a actuar y pensar de cierta manera en relación a sus semejantes.

Estos deseos de los padres depositados en el niño, aunado a los mandatos generacionales y la trasmisión de lo cultural en cuanto a las implicaciones de ser el hijo primero, implican un grado de violencia que funda al niño y lo convierte en sujeto, sujeto de cultura, sujeto de la herencia y sujeto de la mirada de los padres. Todos estos elementos le permiten al hijo primero que tome un lugar y un sentido en las cadenas generacionales a las que pertenece, así como a ser el primer representante del deseo y con ello del discurso de los otros.

La mirada de los padres es el primer elemento que envuelve al hijo primero, quien se enviste narcisistamente conformando un yo ideal que lleva implícita un tipo de violencia que hace que el niño tome un lugar que no le pertenece, que lo aliena y lo atrapa en una cadena de significantes, instaurándosele al niño como el posible portador de una Ley.

Dice Leclaire en su escrito *Matan a un niño* (2009), *“La práctica psicoanalítica se funda en la revelación del trabajo constante de una fuerza de muerte: la que consiste en matar al niño maravilloso (o terrorífico) que de generación en generación atestigua los sueños y deseos de los padres; no hay vida sin pagar el precio del asesinato de la imagen primera, extraña, en la que se inscribe el nacimiento de todos”* (p. 11)

El sujeto de la herencia, como es llamado por Kaes, Faimberg, Enriquez, y Baranes (1996), está por lo tanto dividido entre ser el eslabón y trasmisor de los deseos y la ley de sus antecesores sin la mínima participación de su voluntad, pero a la que está sujeto a servir pudiendo esperar un beneficio, y entre buscar para sí su propio fin. Esto lo llevaría a una posibilidad de renunciar a este mandato generacional cuyo precio es la muerte, *“renunciar a ella es morir, no tener ya razón alguna para vivir; pero fingir estar contenido en ella es condenarse a no vivir en absoluto. Para cada uno hay siempre un niño al que se debe matar...”* (Leclaire, 2009, p. 12)

En este sentido, la dinámica familiar con relación a los hijos primogénitos cobra un tinte especial en la identificación de estos niños con los padres en un primer momento, y con la autoridad posteriormente. Esta identificación interrogará durante la adolescencia la jerarquía de los padres, quienes buscan formar un heredero de lo familiar, sea desde la trasmisión del nombre propio que apela al nombre del padre, el abuelo y quizá algunas otras generaciones, sea desde ser el perpetuador del linaje familiar.

Hablar de lo generacional implica remitirse a la historia de ese sujeto y de su grupo familiar. La transmisión de lo familiar inaugura un discurso de ruptura radical que coloca al sujeto, como sujeto de la herencia y de la diferencia que el mismo introduce en lo que recibe de sus padres.

Aunado a esto, la adolescencia cobra un entorno significativo para los hijos primogénitos, en la relación con sus padres-figuras de autoridad y su devenir. En esta etapa el proceso de subjetivación consiste en hacer propio lo que vino como desconocido, en relación con los múltiples cambios, físicos y psíquicos, así como en su transitar por el pasaje de la conformación psíquica.

Según Doltó (2004) el adolescente constantemente se vive como un ser vulnerable ante las observaciones alentadoras y/o despectivas procedentes de otros adultos que tengan el papel de ejercer autoridad, en especial durante el proceso de articulación entre el yo y el nuevo cuerpo, se vive amenazado por una fantasía de desestructuración, de la que regularmente se defiende con un sentimiento interno de cohesión utilizando mecanismos psíquicos primarios (represión, negación, proyección e introyección entre otros), de igual forma se vivirá sensible a la mirada y la palabra expresada por sus semejantes.

Autores como Anna Freud, Doltó, Aberastury entre otros, mencionan que la fase adolescente de un sujeto debe de pasar por una serie de fluctuaciones que en cualquier otra etapa podrían ser consideradas patológicas, pero en esta etapa significan la estructuración del yo, es decir, es de considerar normal a un adolescente que se comporta de manera incoherente e imprevisible, que se opone a sus impulsos y que los acepta, que prospere con la imitación y la identificación, y que logre una separación progresiva para con sus padres. Según Aberastury (1993), el logro de la estructuración de la personalidad no se logra sin pasar por un cierto grado de conducta "patológica", Tomando la conducta patológica como característica del adolescente, sin por ello considerar al adolescente como anormal, y que debe de considerarse como una característica básica de la evolución normal de esta etapa.

Durante el proceso adolescente y en especial en el proceso del primogénito, colaboran los padres de forma importante, llevando al joven por distintos caminos, ya sea facilitando el desprendimiento simbiótico o deteniéndolo.

Los padres son un factor importante que puede orientar al adolescente hacia la normalidad o la patología, ya sea, impidiendo el crecimiento y la separación, manteniendo la unión a pesar del odio innato por el que atraviesa el adolescente por la conflictiva edípica, o por el contrario, dar posibilidad de separación, a pesar de las ansiedades y angustias que ésta separación cause. Se entiende como odio innato, como aquel que filogenéticamente es transmitido de generación en generación, desde épocas ancestrales hasta nuestros días, tal como lo menciona Freud en *Tótem y Tabú* de 1913-[1912-13]).

La normalidad en el primogénito adolescente, dependerá de las posibilidades de resolución, con las que éste cuenta para afrontar las crisis que pueda traerle la conformación de su identidad que no es algo estática.

Para ejemplificar la situación que vive el hijo primogénito, es viable recordar el delirio de grandeza que describe Freud en *Introducción al Narcisismo* (1914/1990) en relación al conmovedor amor parental hacia *His Majesty the Baby*, amor que compromete al primer hijo con el deber de cumplir los sueños y los irrealizados deseos de sus padres; en este sentido, el varón será un gran hombre y un héroe en lugar del padre, y la niña se casará con un príncipe como tardía recompensa para la madre (pág. 88).

Asimismo, el lugar del primogénito será significado desde otras generaciones, a través de ideales, valores o modos de lectura de la realidad, conforme al mito familiar, tal como lo menciona Freud en *Tótem y Tabú* (1913-1914/1990). En este sentido, el hijo primogénito estará investido libidinalmente con mayor fuerza, por los padres a partir de que se construya un ideal facilitando la aceptación de los desajustes y desencuentros de carácter dinámico propios de la adolescencia, en el sentido de que son aspectos necesarios en la estructuración que sabemos desembocará en la adultez, y que además no será posible evitarlos durante esta etapa.

El hijo primogénito durante la adolescencia en su carácter de cercanía con la autoridad, se identifica con la jerarquía de los padres, es decir, en su fantasía existe una conformación de la ley, una ley que querrá ser expuesta constantemente y ejercida ante cualquier signo de transgresión. Cuando en la dinámica familiar no ha existido una representación de la Ley que haya logrado instaurar la castración, el hijo primogénito en su imaginario, cree tener la responsabilidad de dar un orden y corregir esa falta, abriendo canales mediante los que pueda transmitirse e instaurarse un nuevo código de autoridad.

Sintetizando, el primogénito en su dinámica de primer hijo tiene como consecuencia la disposición de servir a su núcleo primario, ser el depositario de las fantasías y mandatos generacionales así como de la ansiedad de los padres por formar al hijo ejemplar en su experiencia de educar, ante lo que el hijo, vía su yo ideal, asume la misión de ser el poseedor de un rol diferencial en relación a los otros miembros de la familia.

La figura materna y su relación con la posición del hijo primogénito

Recordemos que desde la teoría psicoanalítica la figura de la madre y del padre depende del lugar frente al niño, es decir, son nombrados como “padre” o “madre” a partir de la existencia de un hijo, del primero; de igual manera dice Stavchansky (S/A), la figura del hijo depende del lugar que ocupe frente a sus progenitores.

En la maternidad se viven movimientos conscientes como inconscientes y culturales que determinan el actuar de la madre en el vínculo con el hijo primogénito, mismo que será clave para las relaciones de su hijo para con su exterior. Siguiendo a Chodorow, en su artículo sobre La reproducción de la maternidad (S/A) la figura materna, como subjetividad, es constituida a través de las fantasías y efectos inconscientes que moldean los significados de “ser madre” en función de la relación interna que tenga con su hijo.

Para el psicoanálisis el niño es estructurado como un sujeto a través de las relaciones en falta con los otros, y que llevan a la construcción de vínculos con los demás. Por lo tanto, el niño es concebido como un sujeto que se estructura a partir de la relación que él tiene con su madre y la mirada con que ésta significa al bebé y le permite la conformación de su yo ideal.

Según Jacobo, Manzo, Vázquez y Tenorio (2011) en un inicio dentro de esta relación con los otros, es la madre ese ente que cubre las necesidades básicas de sobrevivencia física y psíquica del niño, y así mismo, el bebé en relación a la madre, es el que aporta un anclaje entre su deseo inconsciente y su historia particular. La propuesta que hace la psicoanalista (Kaes, 1996) es que la madre desde su propio deseo posiciona al niño de tres diferentes maneras:

a) Niño como síntoma: Posición de tensión que ocupa el niño, sobre la cual recae la enfermedad de las relaciones insatisfechas; esta posición es la que permite el equilibrio familiar. Según esta posición el hijo primogénito, ocupa el lugar de chivo emisario-expiatorio, aceptando la carga de la disfunción familiar concedida a través de la madre.

b) Niño como falo: Desde lo Imaginario el niño como falo implica que la madre toma a su hijo como aquello que la complementa, es decir, que no hay un reconocimiento diferenciado entre la madre y el hijo, el niño es creado a imagen y semejanza de ella. Desde lo simbólico el niño como falo, implica ser un objeto que ofrece satisfacción a la madre a través de su cuerpo, el hijo primogénito viene a ser la realización fálica que le significa a la madre.

c) Niño como espectro o fantasma: Posición en la que el primogénito ocupa el lugar de alguien ya muerto, la sustitución de una muerte real o de una ausencia o abandono; la madre buscar llenar ese hueco y por la ilusión de llenarlo coloca al niño en el mismo, tratando de completar su carencia. (pág. 15)

Dichas posiciones cobran especial importancia en el modelo de la relación madre-hijo primogénito, ya que esta relación estará investida con mayor fuerza a partir de que el sujeto estará nombrado y erotizado por las primeras fantasías de la maternidad. Si pensamos en un adolescente posicionado como hijo primogénito desde el falo simbólico, este sería entonces el hijo que destierra al padre, asumiendo ahora él la función paterna y reorganiza la dinámica familiar. El hijo a partir de este discurso de la madre es aquel que se convierte en el portador, o facilitador de los deseos maternos, es decir, el hijo primogénito es el que principalmente queda atrapado en su deseo y el que le puede ofrecer satisfacción a su madre.

Marcas de la primogenitura en adolescentes parricidas

Durante la infancia, el hijo primogénito a diferencia de los hijos menores, se encuentra investido narcisistamente con un gran poder, es continuamente alimentado afectivamente por sus padres, sean estos afectos positivos o negativos. Los primogénitos por ser depositarios de los deseos de los padres se vuelven más vulnerables a desarrollar problemas de carácter, en comparación a los demás, llegando a ser solitarios e individualistas, sobre todo si llegan a ser hijos únicos. Existen en ellos características que se les atañen como responsabilidad, valentía, seguidores del honor de la familia, perpetuadores de la Ley, etc.

Freud (1905/1990) en su ensayo sobre La sexualidad Infantil, reflexiona ante lo que socialmente implica la primogenitura, le brinda cierta importancia en cuanto que es considerada como una categoría masculina, y de esta forma, el hijo primero varón invertirá más de su energía libidinal en el cargo familiar y social que le sea encomendado. En Introducción al narcisismo (1914/1990) escribe “El varón será un gran hombre y un héroe en lugar del padre” (pág. 88). En este sentido, el lugar del hijo primogénito cobra una serie de características que lo ubican desde el salvador y perpetuador de la economía familiar, con toda la investidura narcisista con la que es envuelto, mismas que marcan las expectativas de los padres en relación al mismo, pero, ¿qué significa ser “un héroe en lugar del padre”?, siguiendo la conflictiva edípica podemos pensar en el primogénito como aquel que tarde o temprano ocupe el lugar de su padre, si bien lo refiere desde un sentido simbólico, podemos pensar qué es lo que pasa desde lo real, es decir, ¿qué lleva a un adolescente a matar a su padre?

La violencia intrafamiliar se identifica como un grave problema social de carácter crónico, mismo que ha dejado de ser un tema privado para convertirse en un tema de salud pública, cobrando conciencia a partir de los altos índices actuales de violencia familiar. Eguier (2008) lo atribuye a que los miembros de la familia se sienten cada vez menos seguros y los padres menos escuchados; su autoridad es cuestionada constantemente y parecen ser cada vez menos portadores y transmisores de los ideales.

Braunstein (2001) explica que existe un malestar en la conformación de la familia actual y lo atañe a los acelerados cambios que este núcleo principal de la sociedad ha sufrido con la consecuencia del debilitamiento de la autoridad paterna, y el agregado social de la cultura de la droga, la globalización, la crisis de la institución matrimonial que ha llevado al incremento importante en el número de divorcios. El lugar del hijo primogénito resulta trascendental ante los indicios de la violencia familiar, por su lugar narcisista y de privilegio en relación con sus hermanos, es el heredero de una serie de deseos e identificaciones con los ideales de los padres llegando incluso a convertirse en el instrumento de éstos. Esta identificación como proceso normal adolescente, cuando carece de una ley que lo rija, representa un grave conflicto en la dinámica jerárquica, es decir, un padre agresivo y transgresor de la ley, golpeador de los hijos y la esposa, y/o abusador del poder que ostenta, transmite una Ley perversa.

La identificación que sufren estos jóvenes con padres cuyas características son éstas, asumiendo una forma de ley perversa, produce un conflicto en la dinámica de la jerarquía familiar, ante un evento de violencia siempre existe la constante de un agresor y un agredido, un abusador y un violentado, donde la conformación de los pilares familiares son débiles y autoritarios en cuanto a la función que a cada padre le compete, con límites difusos otorgados por los padres que no logran ser portadores de la castración en el hijo, dado que éstos carecen a su vez de ella. La castración como instauradora de la ley cuando no existe, puede producir o reproducir, en este caso, estructuras criminales por vía psíquica. El hijo primogénito en su carácter de cercanía con la autoridad, se identifica con la jerarquía de los padres, y en su fantasía sugiere una nueva forma de ley ante la disfuncionalidad que pueda haber en su núcleo familiar.

Debido a la falta de esta castración el niño se conforma como el falo de la madre lo que implica ser un objeto que ofrece satisfacción a sus deseos, es decir, viene a ser la realización fálica que le significa la madre. En los casos de parricidas estudiados en otras investigaciones, el hijo mayor cubre las fantasías salvadoras de su madre y de sus hermanos promoviendo buscar una solución al poner orden al contexto familiar en el que se encontraban. Las fantasías de ser el héroe como lo menciona Freud (1914/1990) cobran realidad, cuando en la dinámica familiar el padre ocupa un lugar

un lugar de abuso en torno a los demás integrantes de la familia, cuando éste de manera directa amenaza a la madre o a los hermanos, la palabra del padre, que podría tener sólo un efecto simbólico, toma forma a un nivel real, es decir, el adolescente no sólo cree que eso es posible, sino ante la enunciación del padre, ante la amenaza filicida, el pasaje al acto por el adolescente en contra del padre cobra un impulso fortalecido.

Si alguno de los miembros de la familia se encuentra como dice Hobbes (2007) en un estado de dominio por adquisición, siendo este aquel en el que el poder soberano se adquiere por la fuerza o en un dominio por generación en el que los padres tienen el poder sobre sus hijos ante lo que el niño “debe obedecer a quien le ha protegido, porque siendo la conservación de la vida el fin por el cual un hombre se hace súbdito de otro, cada hombre se supone que promete obediencia al que tiene poder para protegerlo o aniquilarlo” (págs. 206-207). Pero cuando este último tipo de dominio se convierte en despótico y cruel como lo menciona Freud en *Tótem y tabú* (1913-1914/1990), entonces se inicia una lucha por la supervivencia, una lucha a muerte donde sólo uno de los contrincantes puede sobrevivir, mientras que el otro tendrá que decidir vivir siempre prisionero o morir; se remonta entonces a un estado de naturaleza, un lugar donde no existe la Ley, donde la ley es tomada por la propia mano, como dice Hobbes (2007), la lucha a muerte por la supervivencia para restablecer el orden familiar.

Conclusión

A modo de conclusión, y como se dijo anteriormente, la subjetividad del primogénito adolescente estará presidida por su especial característica de primer depositario de mandatos generacionales, así como su dinámica y posición cercana a la de los padres, características que lo predisponen a actuar y pensar de cierta manera en relación con sus semejantes, considerando la consigna que los padres otorgan al hijo primero y que lo llevarán ser colocado en éste lugar de primer depositario y heredero de lo familiar-generacional, o por el contrario desde la autoridad narcisista del adolescente que lo lleva a colocarse en ese lugar de autoridad y posible responsable del orden familiar.

Si el adolescente primogénito es posicionado como el falo simbólico de la madre, entonces es colocado por él como el hijo que destierra al padre, asumiendo ahora él la función paterna y la función de reorganizar la dinámica familiar. El hijo colocado en este discurso materno se convierte en el portador y facilitador de los deseos de la madre, quedando atrapado en sus deseos y prisionero de proveer su satisfacción.

Analizándolo desde la conflictiva edípica, ser un héroe en lugar del padre, es desterrar a este último y quedarse como salvador de los deseos de la madre; es colocar al primogénito como aquel que tarde o temprano ocupe el lugar de su padre, sea en el mejor de los casos en un sentido simbólico y en el peor en un sentido real.

Ser el hijo primogénito, vivir con altos índices de violencia familiar, agregando el lugar narcisista que ocupa y de privilegio en relación a los otros miembros del núcleo, hace que la herencia que le ha sido conferida traducida como deseos, mandatos e identificaciones con los ideales de los padres, lo lleve a convertirse en el instrumento de una ley, que ante la no instauración de la castración se vuelve la transmisión de una ley perversa.

La primogenitura es un factor detonante en un acto parricida, ya que el sujeto desplaza al padre en lo real y simbólicamente ocupa su lugar junto a la madre. La falta de autoridad del padre o de ambos no logra la transmisión de la ley, teniendo como consecuencia una difusa prohibición del incesto y del parricidio.

Es importante señalar que si bien la primogenitura puede incluir elementos detonantes para un acto parricida, no es un factor determinante, todo depende de lo simbólico de la instauración de la castración en los deseos propios del adolescente.

Conflicto de intereses

Los autores declararon no tener ningún conflicto de intereses.

Referencias

- Aberastury, A. (1993). *La adolescencia normal*. Buenos Aires: Paidós.
- Adler, A. (1962). *La ciencia de vivir*. México: Diana.
- Braunstein, N. (2001). *Por el camino de Freud*. México: Siglo XXI.
- Chodorow, N. (N/A de N/A de S/A). *PsicoMundo*. Recuperado de <http://www.psicomundo.com/foros/genero/chodo2.htm>
- Eiguer, A. (2008). El miedo a la libertad y las vivencias familiares. *Revista Internacional de Psicoanálisis de pareja y familia*, 10-24.
- Freud, S. (1905/1990). La sexualidad infantil. En S. Freud, *Tres Ensayos de la Teoría sexual y otras obras*. (Vol. VII, pág. 157). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1913-1914/1990). Tótem y tabú. En S. Freud, *Tótem y tabú y otras obras* (Vol. XIII, pág. 278). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914/1990). Introducción al Narcisismo. En S. Freud, *Trabajos sobre metapsicología y otras obras* (Vol. XIV, pág. 389). Buenos Aires: Amorrortu.
- Hobbes, T. (2007). Del dominio paternal y del despótico. En T. Hobbes, *Leviatan* (Vol. I, pág. 377). México: Gernika.
- Jacobo Jacobo, M., Manzo Chávez, M. D., Vázquez García, I. Y. y Tenorio Cansino, B. (2011). Maternidad y Paternidad: Una reflexión desde el psicoanálisis. *Uaricha Revista de Psicología*, 8(16), 1-11.
- Kaes, R., Faimberg, H., Enriquez, M. y Baranes, J. (1996). *Trasmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Leclaire, S. (2009). *Matan a un niño. Ensayo sobre el narcisismo primario y la pulsión de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Stavchansky Slomianski, L. (N/A de N/A de S/A). *Liora Stavchansky. Psicoanalista*. Recuperado de <http://www.liora-stavchansky.com/#!-qu-es-un-nio-en-la-clnica-psicoanalt/cr97>